

1998

Rivera Martínez, Edgardo. *País de Jauja*. Lima: Peisa, 1996.

Mirko Lauer

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Lauer, Mirko (Otoño 1998) "Rivera Martínez, Edgardo. *País de Jauja*. Lima: Peisa, 1996.," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 48, Article 21.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss48/21>

This Reseña is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

Rivera Martínez, Edgardo. *País de Jauja*. Lima: Peisa, 1996.

En los años 90 han aparecido dos novelas referidas a valles de los Andes centrales a mediados de los años 40: *Ximena de dos caminos*, de Laura Riesco (Peisa, 1994), y *País de Jauja*, de Edgardo Rivera Martínez (aparecida en 1993). Ambas presentan ese mundo desde un punto de vista radicalmente distinto del de la novela indigenista¹, pero todavía no pueden ser leídas sino contra el telón de fondo de ésta, como una suerte de post-indigenismo narrativo que diluye la construcción ideológica de lo “indígena” en el intento narrativo realista de la “región”, y al hacerlo diluye también la idea de lo “popular avasallado” en algo que podríamos llamar lo “pequeño burgués resistente” a las fuerzas disolventes que han corroído lo nacional.

Si el indigenismo ha sido descrito por la crítica mediante diversas alusiones a la auto-negación cultural de las capas medias, y a su secuela de disyunción entre forma y tema², novelas como estas³ vendrían a representar una suerte de auto-reconocimiento y reintegración de las capas medias de algunas zonas específicas de los Andes centrales, con innegables efectos en el sujeto del enunciado. Es evidente en ambos textos una modernización de la técnica narrativa y del manejo del lenguaje respecto del indigenismo.

Así *País de Jauja*, el texto que nos interesa más en este comentario, podría ser visto como una novela de reivindicación regional, quizás en un sentido parecido al que antes se usaba para hablar de reivindicación del indio, es decir como la presentación de un personaje a partir de lo que se considera sus mejores rasgos. Su argumento central vendría a ser el desciframiento de la región oculta (ahora revelada en el plano del mundo de la vida, de las interrelaciones sociales, de la aparición de un paisaje urbano con significado propio y de refundación mítica), realizado a través de un **Bildungsroman**, la llegada de un personaje juvenil a la madurez⁴.

Los mundos cifrados en *País de Jauja* son los de la historia familiar (castrada por la historia nacional), la mitología quechua fundacional de lo local (castrada por no tener portadores con capacidad reflexiva), el misterio de un cosmopolitismo fecundante (afectado por la falta de interlocutores locales), y la vida interior y privada de la burguesía local (definida por una sensibilidad estética supra-regional). Este es el rico laberinto que recorre Claudio Alaya,

un simpático, juvenil (y algo lento) catecúmeno de lo jaujino, de vuelta a la ciudad para pasar unas vacaciones. Un mundo cifrado adicional es el de la tradición de Jauja como excepción en lo cultural andino, como isla de modernidad, una “pequeña sociedad de gentes cultivadas” que — nos dice la solapa — identificó el viajero francés Charles Wiener ya en el siglo pasado.

Los textos del indigenismo narrativo clásico (Enrique López Albújar, Ciro Alegría, antes la propia Clorinda Matto de Turner) han sido planteados desde un “lugar que no es”: el sujeto del enunciado es una persona simpatizante pero exterior al tema de la provincia “indigenizada”, pero que a la vez pretende ser una presencia en ella, claramente del lado de lo indígena en cuanto ética, pero obviamente del otro en cuanto lenguaje, cultura, y acaso diferenciado respecto de su propia identidad andina no popular. Rivera Martínez no es ingenuo sobre este problema que va más allá de uno u otro movimiento o estilo: “... te leíste en unas horas, como si se hubiera tratado de un cuento, *Los perros hambrientos*. Lo supo Abelardo y comentó: “¿Ves ahora cómo se sufre en otras partes de la sierra, y que la melancólica Arcadia en que vivimos es una excepción?” Y tu tía Ñarisa, que andaba por el cuarto, preguntó: “Pero, con todos esos libros ¿no se te hace un entrevero en la cabeza?” (321).

En verdad desde el punto de vista estrictamente literario, no hay tal entrevero en la cabeza. Rivera Martínez ha asumido sus opciones y las ha desarrollado bien, como también Riesco. En estas dos novelas el sujeto del enunciado es congruente (integrado) al enunciado mismo, en una visión más o menos idílica de una clase media andina que simpatiza con lo indio y que participa de lo occidental, y que no pone por delante, ni acepta ser definida por conflictos con ninguno de esos mundos. No es una literatura reivindicativa, en el sentido confrontacional en que lo fue la de otros decenios; aquí está más bien la idea de lo andino como “bloque socio-cultural” sin contradicciones internas aparentes. Miguel Ángel Huamán la llama literatura indígena o andina, por oposición a indigenista, apuntando al carácter andino de sus autores y sus temas, y la considera renovadora de la tradición de la narrativa indigenista.

Una diferencia importante con *Crónica de San Gabriel*, de Julio Ramón Ribeyro (1960), podría ser que el de Ribeyro es un personaje limeño que viaja a la provincia (como tantos de Mario Vargas Llosa, que ha resultado, junto con José Santos Chocano, el gran explorador literario de geografías sociales) y hace, en efecto, una crónica que no es expresión de culpa social ni un testimonio de parte. Ya en el primer párrafo el narrador anuncia: “Una presencia olfativa me cercaba y me recordaba a cada paso mi condición de forastero, de hijo de tierra extraña” (3). En cambio las de Riesco y Rivera Martínez son, como tantas canciones andinas, miradas nostálgicas del emigrado.

Estas son novelas andinas virtualmente sin indios, en las que el énfasis está puesto en la tácita identificación de los personajes andinos de clase

media con el resto de la burguesía peruana. Se deja atrás los intentos de construir la identidad de lo indígena para pasar a intentar revelar la identidad de lo burgués nacional. En la búsqueda de esta identidad burguesa es importante el establecimiento de un espacio privado, de interiores domésticos, donde se desarrolla, en ambas novelas con maestría, afecto y compromiso reales, la forma de ser, las actividades modernas y la intimidad de los personajes⁵. Descubrimos allí lo que esos personajes de los años 40 tenían y no tenían de andino, y lo que tenían o no de simple burgués peruano, finalmente un tema del racismo y la exclusión⁶.

El planteamiento indigenista había sido una constante celebración de lo exterior: los panoramas de la naturaleza, el hombre en el campo, la ciudad como zoco. Lo que nunca se había dicho es que esos espectáculos rodeaban, ya desde los años 20, un espacio de conciencia privada. Solo que entonces ese espacio era visto exclusivamente como el del gamonal, y en estas novelas es presentado como el del ciudadano. La novela es un gran acto de valor, pues rompe con numerosos mandamientos en la relación de lo peruano criollo con lo andino. Entre otras cosas se atreve a colocar, como hace Riesco, a un personaje no “indígena” en el centro del mundo de la novela.

Veamos: 1. La armonía, no el conflicto, está en el centro de la narración sobre los Andes, aunque esto no deja de ser problemático para el autor. 2. Un grupo social andino aparece ejerciendo sus capacidades sin límites, en este caso el poder de fantasía cultural de las capas medias ilustradas. 3. Lo occidental es presentado como complementario de lo quechua (otra vez el tema del no conflicto), en este caso lo griego antiguo sobre todo, pero también el cosmopolitismo que se filtra a Jauja a través del sanatorio⁷ y las ideas socialistas. 4. Hay una inédita confesionalidad de lo provinciano que corre el riesgo, creo que con éxito, de buscar seducir a un lector construido como una suerte de “forastero nacional”.

Una palabra para todas estas cosas sería madurez, en el sentido de reconocimiento y valoración de la propia realidad social y personal del narrador. Pero también en el sentido de la capacidad de asumir el riesgo de personajes que deben tener y mantener su sentido más allá de su papel en el argumento, en el desgastante terreno de la anécdota cotidiana.

Pero el acto más maduro y arriesgado de Rivera Martínez es haber construido una Jauja utópica, que en muchos puntos desafía las leyes de la gravedad histórica y se reclama, sin decirlo jamás con todas sus letras, como territorio cabal de la fantasía. La novela quizás no resistiría una lectura sociológica mecánica, pero es obvio que eso no está en su proyecto. Sin embargo es una novela de Jauja, mientras que la de Riesco solo transcurre en su localidad (muy posiblemente Tarma).

Más bien *País de Jauja* invita a través de sus 500 páginas a soñar con territorios con los que los lectores literarios peruanos acaso nunca han fantaseado frente a una página. Una familia de capas medias provincianas articulada por el afecto y la sensibilidad, viviendo una austeridad digna, una

ciudad donde los personajes tienen roles y en esa medida ciudadanía, un espacio cultural que no se agota en el folklore y que enriquece sin desdibujarse en el encuentro con lo occidental.

Pero el sueño no carece de complicaciones. Hablando, como si fuera, de la novela misma, los personajes dicen: “¡Qué lindo paisaje,” prosiguió mi hermana, “y qué lindos, en especial, los maizales de San Jerónimo, los arbolados de Concepción, y el violado y afil de los cerros del lado Oeste del valle!” “Sí, pero a mí no me gusta Huancayo,” dijo Abelardo, coincidiendo con mi hermana. “Allí hay más pobreza que aquí, y mayores diferencias de clase,” dijo mi tía. “Pero son lindas las mantas, y los campos de Chupaca, y la iglesia de San Jerónimo,” dijo mamá con aire soñador. “¡Qué entrevero, hermana mía!” comentó mi tía” (274).

Es imposible no pensar que si todo el país se hubiera formado en la Jauja del adolescente Claudio, hoy el Perú sería un lugar mucho mejor. Y aquí está la ironía desgarrada del título: el país de Jauja ha sido una quimera de los occidentales, un bálsamo de los forasteros, y Rivera Martínez nos muestra cómo hubiera podido ser real. Sólo se precisaba más provincia, más corazón, más sencillez, más nacionalismo.

Mirko Lauer

NOTAS

- 1 Ver Tomás Escajadillo, *La narrativa indigenista peruana*, Lima, Amaru, 1994.
- 2 Antonio Cornejo Polar, *La novela indigenista*, Lima, Lasontay, 1980, 90 pp.
- 3 También podría estar en este patrón post-indigenista el libro de Selenco Vega Jácome, *Casa de familia*, Lima, 1995. Hay una reseña sobre este libro de Tulio Mora en: *La República*, Lima
- 4 Es Sergio Ramírez quien ha elaborado sobre el aspecto de novela de formación de *País de Jauja*.
- 5 Hablando del siglo pasado, Walter Benjamin dice en *París, capital del siglo XIX*, que “por primera vez el dominio vital del hombre privado se opone a los espacios de su trabajo. Se sitúa en su interior (...) Para dar nacimiento a su ambiente privado, aparta sociedad y negocios. Así nacen las fantasmagorías del interior. Para el hombre privado este interior representa el universo. Allí junto lo lejano y lo pasado. Su salón aloja el teatro del mundo” (131).
- 6 Véase Guillermo Nugent, *El laberinto de la choledad*, Lima, Fundación Ebert, 1992, 140 pp. Hay una reseña de Lauer, “La mentira cordial”, en *Debate*, Lima.
- 7 Preceden a Riera Martínez en el tratamiento del tema de la tuberculosis en Jauja la novela de Abraham Valdelomar, *La ciudad de los tísicos* (en *Variedades*, Lima, 1911, de los Nos. 173 a 185; también en las *Obras completas* de Edubanco) y la de Carlos Parra del Riego *Sanatorio* (Santiago de Chile, Zig Zag, 1938).